

que quedó definitivamente resuelto que al siguiente día concurriría Gabriel al colegio, para no salir de allí sinó convertido en un verdadero sabio.

El precio era proporcionado á la bondad del establecimiento, pero don Santiago, que aún tenía un resto de su fortuna, no vaciló en comprometerse á pagar las mensualidades.



CAPÍTULO VII.

EL PAPELITO DE LOLA.

Es justo que nos volvamos á ocupar de Lola, de Zubieta y por consecuencia de don Manuel.

Lola, según lo había resuelto, le escribió á Zubieta lo siguiente:

Sr. D. Pepe Zubieta.

Casa de V. etc.

Muy señor mío:

Tomo la pluma, sólo para suplicar á usted que no deje de venir, pues no es con-

veniente que usted se retire, según le manifestaré á usted á nuestra vista.

Dispense usted la letra y los borrones y rompa usted ésta de su afectísima servidora,

Q. B. S. M.

Dolores S. de M.

Siempre hemos creído que el equilibrio es una cosa admirablemente fecunda en resultados. De todas las leyes físicas, la que más se identifica con las leyes morales, es la del equilibrio.

Zubieta no había hecho otra cosa, durante seis años, que guardar el equilibrio.

Lola había también guardado el equilibrio, y temiendo perderlo, escribió la anterior esquila.

Zubieta había estado temiendo perder el equilibrio; de manera que al recibir la susodicha esquila, sintió como una fuerza secreta que lo desvió, fácil es comprender hacia qué lado.

Zubieta no podía dar crédito á sus pro-

pios ojos, leía y releía la esquila y se quedaba profundamente pensativo.

¡Qué mundo se abría á sus ojos, cuántas cosas le ocurrían á Zubieta!—«pues no es conveniente que usted se retire, según le manifestaré á usted á nuestra vista,» repetía Zubieta.—Ahora bien, continuaba, no es conveniente que me retire, es claro: porque don Manuel abriría el ojo, Lola lo teme, luego don Manuel ha dado motivo, luego se ha encelado, luego ha notado algo en Lola, luego me teme, luego me cree capaz, luego no está seguro del amor de su mujer, luego...

—«Rompa usted ésta»—agregaba Zubieta después de un rato; la precaución, la reserva, el misterio, el temor, luego la conciencia de Lola no está tranquila.

«Según le manifestaré á usted á nuestra vista,» luego la conferencia que vamos á tener, va á ser á excusas de su marido, luego me cita, luego quiere ponerse de acuerdo ¿para qué? para que engañemos á su marido, para que la ayude á mantener la paz

de su matrimonio, para que la evite yo que su marido la moleste con celos necios.

Lola tiene razón en confiar en mi lealtad y en mi buena fé; ante todo es necesario ser caballero, se trata de don Manuel, de un buen amigo mío, de un hombre que hace de mí una confianza ilimitada y.... no señor, yo no seré capaz.... no solo, sino que yo seré su mas firme apoyo y sostendré con brazo fuerte la virtud de Lola.

Es cierto que la pobre Lola me quiere bien, si; eso no se puede negar, pero ¿por qué todo ha de ser por malo? no señor, yo también la quiero bien, es mi buena amiga.... y no.... Lola no es mi tipo, es un poco gruesa y á mí me gustan las mujeres esbeltas; Lola es un poco candorosa y á mí me hacen mucha más gracia las mujeres avispas, me muero por las mujeres con *esprit*, yo tengo acá mi tipo de cortesana, una especie de Marión Delorme, de Lola Montes.... en fin, un tipo mío.

Desde que leí las novelas de Balzac y de Paul de Kock, yo he forjado mi ideal, y Lo-

la.... no, lo que es Lola está muy lejos de llenar ese vacío, ni con mucho.... Lola es una mujer muy honesta y muy inocente; su felicidad es una joya que ella, la pobrecita, ha logrado conquistar en virtud de todos sus pequeños y asiduos sacrificios, y sería una infamia, sí señor; una infamia, arrebatárselo.... ¡ah! no, de ninguna manera, yo no le arrebataré nada, me armaré de vigor y emprenderé esta especie de lucha, con toda la pureza de conciencia y con todo el....

En estos momentos Zubieta se veía en uno de sus espejos.

—¡Hombre! exclamó para sí, á pesar de la inutilidad del vocativo, yo no sé por qué me está fastidiando esta corbata con pintitas blancas; hace más de ocho días, que no salgo de mis pintitas blancas, como si no tuviera yo otras corbatas.

Dirigióse en seguida á su ropero y comenzó á elegir corbata.

—Para chaleco claro, dijo Zubieta en voz alta, no hay como una corbata azul.

Y descolgó una corbata de un azul her-

mosísimo; y fué de nuevo al espejo y se cambió la corbata azul por la de pintitas blancas, volvió á su ropero y tropezó su mano con una cajita, la abrió y dijo:

—¡Ah! ah! ah! mi anillo, mi solitario, pobre solitario abandonado hace seis meses en su estuche.... ¡oh! y qué hermoso es, ahora me está gustando más; pues señor, cuando uno tiene muchas chácharas, es imposible estarlas cambiando para usarlas con frecuencia.

Y diciendo esto, se puso su anillo sustituyendo el que tenía puesto, que era un sello con sus iniciales, sacó un pañuelo blanco y cerró su ropero; pero enseguida exclamó desdoblado el pañuelo.

—¡Qué diablo de pañuelo he ido á sacar! de los peores: vamos que ya no sé lo que hago.

Y volvió á abrir el ropero, de donde sacó una cajita en la cual estaban guardados sus mejores pañuelos, regalos los más, de sus buenas y numerosas amiguitas; tomó un magnífico pañuelo de batista bordado con

una elegantísima cifra de hilachilla, que representaba un amor abandonado á orillas de un arroyo; aquella marca le había valido á su autora una erisipela, de la que murió, y desde entonces, Zubieta no había vuelto á ponerse en la bolsa aquel pañuelo.

No debemos dejar pasar desapercibido otro detalle mas apropósito del pañuelo, y es éste. Zubieta se puso dos pañuelos en la bolsa: uno para los usos acostumbrados y otro, el de batista, puramente de aparato; porque le hubiera parecido una profanación mancillar la blancura de aquella prenda querida, que era ya casi una reliquia.

Tan luego como Zubieta estuvo dispuesto, salió de su casa con dirección á la casa de Lola.

Serían las cuatro de la tarde.

—De las cuatro á las siete, pensó Zubieta, tenemos tres horas: en tres horas.... en tres horas se puede arreglar el mundo: vamos á ver.

Llegó á la casa, tocó, entró, encontró á Lola esperándole.

—Muy bien, así me gusta, le dijo Lola no pudiendo ocultar su emoción.

—Qué quiere usted criatura, contestó Zubieta, su papelito de usted me ha puesto violento, me ha alarmado.

—Pues no hay nada por qué alarmarse, en todo caso esto no es más que una precaución; en lo que sí hay algo que extrañar, es en que sea yo, la inexperta, la niña como usted me dice, la que la ha iniciado, cuando lo mas natural hubiera sido que usted, el hombre de mundo y de experiencia, el hombre sagaz, hubiera sido quien reflexionara, en que una ausencia de usted en estos momentos, sería lo mismo que ratificar sospechas que, como usted sabe muy bien, son de todo punto infundadas.

—¡Ah! sí, ya lo creo, dijo Zubieta maquinalmente y sin pensar en lo que decía, sinó en lo que callaba; pero vea usted criatura, apesar de toda mi penetración, no me pareció necesario disimular, puesto que á nuestra vista, yo hubiera tenido mil expedientes, mil medios para disculparme victo-

riosamente, por ejemplo: había pensado hacer correr la voz, de que me había yo enfermado, y aún el domingo ó el día que me tocara volver, quejarme de algo, en fin, y e hubiera sabido salir airoso del compromiso, pues ya sabe usted, criatura, que yo sé salir bien de todos mis apuros.

—Pero vamos á cuentas, señor don Pepe, usted con toda su penetración y su talento, no había pensado en esto.

—¿En qué hija mía?

—En que mi marido debe haber indagado á la hora de esta, que usted viene los más días y que después de las barbaridades que hizo usted la otra noche...

—¿Barbaridades, criatura?

—Sí, barbaridades y nada más que barbaridades; me río yo de su previsión de usted y de su mundo, porque cuando más lo necesita, se olvida usted de todo y es usted un cómico de los mas detestables que conozco.

—¿Pero porqué me dice usted eso, criatura?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RETES"

1925 MONTERREY, MEXICO

—¿Qué cree usted que no notó mi marido que estaba usted turbado?

—¿Lo notó?

—Lo hubiera notado un ciego, estaba usted verdaderamente atarantado.

—¿Yo atarantado?

—Sí, señor; y lo peor es que todo lo notó Manuel, ya sabe usted que él nunca se fija en nada, pues bien, en esta vez se ha fijado y mucho, sobre que no le perdía á usted movimiento.

—¿Es posible?

—Vaya, y por final de cuentas, yo no sé lo que le sucedió á usted en la escalera, que hasta acá oímos un ruido atroz.

—Voy á decirle á usted, criatura: ese ruido no fué más que una patada mía, una patada en seco y perfectamente inútil: figúrese usted que yo creía que me faltaba todavía un escalón y no me faltaba nada así es que avancé el pié derecho con toda la fuerza de movimiento que se necesitaba para bajar otro escalón y por eso sonó la patada: ¿Conque la oyó usted? ¿conque

la oyeron ustedes? ¿conque la oyeron en toda la casa?

—Sí, sí, sí, santo varón; exclamó Lola, no pudiendo contener la risa.

Zubieta se quedó viendo á Lola y en seguida la acompañó en su hilaridad, riéndose también con la mejor gana del mundo.

Ya hemos dicho que Lola después de reírse se ponía mas bonita.

Esa observación le pasó á Zubieta súbitamente por la imaginación.

—Conque vamos á ver, señor de la experiencia, ¿está usted convencido de que la otra noche hizo usted una porción de barbaridades?

—Vea usted, dijo, todavía no estoy del todo convencido.

—Hablemos seriamente.

—Hablemos seriamente.

—¿Le parece á usted una cosa insignificante que Manuel haya notado el estado en que usted estaba.

Zubieta pareció reflexionar antes de dar una contestación.

—Vea usted hija, dijo al fin, efectivamente no me es indiferente que su marido de usted notara que yo...

—Que usted estuviera torpe, dígalo usted de una vez.

—Pues bien, sí, se lo confieso á usted, hija mía, estaba yo en un brete.

—¿Pero por qué, hombre de Dios?

—Voy á procurar explicárselo á usted.

—Vamos á ver esa explicación.

—En primer lugar.... usted sabe bien que no había motivo, ni que....

—Pues bien, yo noté que don Manuel estaba serio y como es la primera vez que lo veo así, la verdad, me desconcerté; porque, en fin, hija mía, usted me debe conceder la razón, porque yo soy un hombre incapaz de una traición, ni de una infamia, y esto de que lo nivelen á uno con uno de tantos pillos de esos que abundan y á quienes no se les puede fiar ni un saco de alacranes, no me negará usted que es una cosa terrible.

—Efectivamente, es muy triste, porque entonces, ¿qué garantía tendríamos las per-

sonas honradas? agregó Lola con aire de gravedad.

—Ya lo ve usted, yo estoy seguro, continuó Zubieta, de que usted es una persona que abunda en los mismos sentimientos que yo, y en fin, le ha de ser á usted muy sensible un acto de desconfianza, sin que usted haya dado ni el mas pequeño motivo para ello.

—Pues ya se ve, eso es precisamente lo que siento, y para evitar que llegáramos á ese extremo, es para lo que me he tomado la libertad de escribirle á usted ese papelito, que francamente ha sido un atrevimiento.

—¿Por qué, hija mía?

—Sí, con esa letra y con esos....

—No, nada de eso, usted escribe muy bien y con mucha corrección.

—No diga usted eso.

—Es la verdad.

—¿Y, por supuesto, me obedeció usted?

—Ya usted lo ve, aquí estoy.

—No, en cuanto á romper el papelito.

—¡Ah! eso por supuesto; no ve usted,

hija mía, que de lo que estamos tratando es de no dar motivo.

—Figúrese usted que Manuel viera ese papelito.

—¡Oh! para qué queríamos más día de fiesta.

—Pues creerá usted que esto me ocurrió después de habérselo mandado á usted?

—¿Sí?

—Y me entró un miedo como si acabara de cometer un crimen.

—Pero oíga usted, criatura, ¿y de quién se valió usted para mandarme ese papelito? porque supongo que no sería con ningún criado de la casa.

—No, qué disparate! bonita yo para fiarme de mis criados.

—¿Pues de quién se valió usted?

—Va usted á saberlo.... no, si no se puede usted figurar los trabajos que me ha hecho usted pasar, hombre de Dios.

—Vamos á ver hija mía, vamos á ver cómo estuvieron esos trabajos?

—En primer lugar, mandé llamar á mi lavandera.

—¡Ah!

—Mi lavandera es una mujer muy buena.

—Y bien?

—Vino en el acto y le dije: Marcelina, ¿dónde vive Trinidad? Marcelina tiene una hermana, que se llama Trinidad.

—¿La necesita usted niña? me dijo Marcelina.

—Sí le contesté, tengo unas costuras que encomendarle.

—Pues voy á llamarla,—y efectivamente, á poco rato vino Trinidad. Esta Trinidad es una mujer de todas mis confianzas y le dije: Va usted á llevar esta carta; pero cuidado, ya sabe usted, es una cosa muy reservada; y como Trinidad se rió, porque ella es así, le dije: no, Trinidad, no crea usted que esto es una cosa mala; esta carta no es más que para prevenir á una persona de un asunto que le interesa, es asunto de él, se trata de una amiga mía, pero quiero que nadie sepa esto; Trinidad quedó muy convencida y le llevó á usted la carta, ¿qué le parece á usted mi previsión?

Zubieta se tardó algo en contestar, pero al fin dijo:

—Muy bien, muy bien, criatura; todo estuvo muy bien combinado: pero á todo esto, no hemos venido al negocio principal.

—Es cierto, dijo Lola, pero ya con estos antecedentes, podremos ponernos de acuerdo, y ya una vez prevenidos...

—Evitaremos, interrumpió Zubieta, que vuelvan á surgir motivos de sospecha.

—Y ya unidos, agregó Lola, podré estar segura de que mi marido no volverá á pensar mal de mí, porque, oíga usted, esto es para mí una cosa horrible.

—Ya lo creo; criatura, usted es una persona muy pundonorosa y muy delicada, y ante todas cosas ha procurado usted siempre no dar en qué pensar á los maldicientes.

A Zubieta le ocurrió en este momento ver su reloj.

Faltaban muy pocos minutos para las siete.

—¿Qué hacemos? dijo.

—¿Por qué?

—Van á dar las siete ¿me voy?

—No.

—Podría encontrar á don Manuel.

—Sí, y entonces....

—¿Me quedo?

—Sí.

Zubieta promovió una conversación, elegida apropósito para poder ser interrumpido por un marido en cualquier momento.

